

ESPECIAL JÓVENES

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 12 10 de enero de 2016

¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO Y QUÉ SIGNIFICA? (12)



Cristo vive hoy: Es su misma persona viviente la que habla a quien se abre a Él y le infunde, mediante la oración, el milagro continuamente renovado, inexplicable sólo con las fuerzas humanas, **de la nueva manera de pensar, de amar y de actuar inaugurada por Él**. Para todas estas personas que **experimentan a Cristo**, y que hoy también son muy numerosas en la parte más viva de la Iglesia, **«el Cristianismo no es ni una idea, ni un sistema, ni una moral, sino una Persona»**.

Aunque los milagros son una confirmación que conviene tener muy en cuenta, y aunque se siguen produciendo aún hoy y son reconocibles, la prueba más poderosa de la presencia de Jesús en el mundo es el fenómeno de la **santidad**, que desde los grados más excelsos y deslumbrantes, desciende hasta los creyentes comprometidos. «Lo que tal vez me confirma mayormente en la fe, es la existencia de los santos».

«Lo que he notado durante toda mi vida, escribe Jean Guitton, (*filósofo y escritor francés*), en el seno de la Iglesia católica es que genera automáticamente santos. Y cuanto más profundizo, cuanto más establezco una comparación con lo que ocurre en otras partes, tanto en las otras confesiones como en los ambientes más morales y más altruistas que encuentro a mi alrededor, más me parece que en lo que respecta a este punto lo que pasa en la Iglesia no puede compararse con ninguna otra...».

«Está claro que si los "santos" de los que hablo poseen esa extraña cualidad es porque en lo más profundo de sí mismos han elegido como modelo a la persona de Jesús, tal como le han percibido inspirándose en el Evangelio... Se puede decir que los santos son un prisma que nos permite conocer mejor a Jesús. Esa corriente que fluye entre uno y otros me parece una confirmación, poderosa y dulce, de **lo que creo**». No son pocos los pensadores y escritores modernos que están impresionados por el fenómeno de la santidad, del que la Iglesia católica sigue siendo el mayor testimonio. «Nuestra vida moral ordinaria, escribe Maritain, (*filósofo francés*) es tan frágil, y está tan amenazada por nuestra debilidad, que nos dirigimos hacia quienes han encontrado lo que nosotros buscamos tan mal, y a los que Bergson (*filósofo francés*) llamaba "los héroes de la vida espiritual". Plenitud de un amor que se expresa con sabiduría y libertad perfecta. Por estos signos Bergson reconocía un cumplimiento supremo de la vida humana en los místicos cristianos, que, en su opinión, son los únicos que han cruzado las últimas barreras».

El estudio de las vidas y de las revelaciones de los místicos cristianos llevó a Bergson, que era judío, casi hasta convertirse al catolicismo, conversión que no se produjo debido a su muerte. Leyendo la historia de la Iglesia se descubre que a lo largo de los siglos Jesús ha producido, con la colaboración de los interesados, una serie de obras maestras morales de hombres y mujeres generosos, una inmensa galería de bellezas del espíritu, todas ellas diferentes y a la vez reunidas por la presencia de los rasgos de Jesús. Nombramos ahora a una diminuta parte de los que son en realidad: Pablo de Tarso, Agustín de Hipona, Ambrosio de Milán, Gregorio de Nacianzo, Benedicto de Nursia, Gregorio Magno, Juan Crisóstomo, Clara y

Francisco de Asís, Bernardo de Claraval, Hildegarda de Bingen, Buenaventura, Catalina de Siena, Domingo de Guzmán, Gertrudis, Angela de Foligno, Juan de la Cruz, Juan de Dios, Camilo de Lellis, Teresa de Ávila, Vicente de Paúl, Ignacio de Loyola, Magdalena de Pazzi, Francisco de Sales, Felipe Neri, El Cura de Ars, Juan Bosco, Teresa de Jesús, Gemma Galgani, Maximilian Kolbe, Leopoldo Mandic, Teresa Neumann, Charles de Foucauld...

«Una descripción de las vivencias cristianas actuales, escribe Jean Delumeau, no puede olvidar esta realidad evidente para quien sabe observar: la existencia en la Iglesia, más allá de toda distinción, de un heroísmo cotidiano caracterizado por el amor, la dedicación, la paciencia, la humildad, y del que muchos religiosos y laicos nos dan pruebas irrefutables...» «¿Se asombraría el lector si dijera que me he encontrado y que conozco a muchos santos, es decir, personas de una disponibilidad continua que se olvidan constantemente de sí mismas para estar al servicio de los demás?».

«Me basta con mirar a mi alrededor —continúa Delumeau (*historiador francés*), para descubrir a personas admirables por su generosidad, pero tan discretas y naturales que puedes pasar a su lado sin notar más que una profunda amabilidad y una gran bondad. No todos son cristianos, desde luego. Pero en mi grupo de conocidos la mayor parte de esas personas, que son superiores a la media por su dedicación, son cristianas. Cosa que me parece normal. En efecto, el cristianismo les ofrece un modelo que imitar y un mensaje de amor que vivir. Y estas personas imitan ese modelo y viven ese mensaje».

La experiencia de que Cristo está vivo se tiene precisamente cuando le acogemos en nuestro interior y se sirve de todo para **«cambiar el agua en vino»**, transformar en virtudes nuestros vicios y encaminarnos hacia la perfección del amor profundo y de la paz, que es la expresión más alta de cualquier humanismo.

«Igual que el imán atrae las limaduras de hierro, así Él atrae y estrecha a sí, armoniza y diviniza nuestros instintos, nuestros deseos y nuestras pasiones, nuestros sentimientos y nuestros pensamientos. Con esta multiplicidad, Cristo reconstruye en su amor, en una unidad inmortal, nuestra alma».

«Tengo que decir, escribe el gran narrador convertido Alfred Döblin (*Médico psiquiatra, escritor alemán*) que su amor, esta superabundancia de amor, es lo que nos impresiona más que nada y antes que nada, y es algo de lo que no encontramos otros ejemplos, siendo el objeto, el destinatario principal de su amor: el ser humano, es decir, la humanidad entera...»

«¿Cuál es la esencia del cristianismo?», se pregunta Hans Urs von Balthasar (*teólogo católico del siglo XX*). En la historia de la Iglesia, siempre se ha apuntado a un punto unitario en que el acto de creer que se pide al hombre encontrara justificación. Y dicho punto sólo puede encontrarse **en la revelación misma de Dios**, que encierra y es el centro absoluto de referencia. Un Dios que se revela como amor que está por encima de nosotros, pero que no por ello pierde el derecho y la fuerza... de hacerse comprensible para nosotros... y de hacernos donación de sí mismo.

Cristo es actual también en nuestro siglo. A pesar de la avalancha de materialismo y de ateísmo que recubre el pensamiento moderno, muchos, muchos pensadores y escritores de primer plano, que ahora no tenemos espacio para nombrar, creen en Él y defienden en sus ensayos y en sus novelas la necesidad de que la sociedad le siga **si desea salvarse de la autodestrucción**.

Tomado de "Por qué creo en Dios" de Giovanni Martinetti